

Aproximaciones al problema de las fuentes en la construcción de una historia de los perpetradores a partir del caso de la Aktion 1005.

MATTINA MARINA DENISE.

Cita:

MATTINA MARINA DENISE (2013). *Aproximaciones al problema de las fuentes en la construcción de una historia de los perpetradores a partir del caso de la Aktion 1005. XIV Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras. Universidad Nacional de Cuyo, Mendoza.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-010/142>

XIV Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia 2 al 5 de octubre de 2013

ORGANIZA:

Departamento de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras

Universidad Nacional de Cuyo

Número de la Mesa Temática: 17

Título de la Mesa Temática: La violencia colectiva radical y su representación: textos e imágenes en el Viejo Mundo

Apellido y Nombre de las/os coordinadores/as: LORENZ, Federico Guillermo; BURUCÚA, José Emilio; KWIATKOWSKI, Nicolás.

**ESTA ES UNA PÁGINA GLORIOSA DE NUESTRA HISTORIA QUE NO SE
ESCRIBIÓ Y QUE JAMÁS SE ESCRIBIRÁ”¹: APROXIMACIONES AL
PROBLEMA DE LAS FUENTES EN LA CONSTRUCCIÓN DE UNA
HISTORIA DE LOS PERPETRADORES A PARTIR DEL CASO DE LA
*AKTION 1005.***

Marina Denise Mattina

FFyL-UBA

Correo electrónico: matymar03@yahoo.com

<http://interescuelashistoria.org>

¹Extracto del discurso de Himmler ante oficiales superiores de la SS en Poznan. 04 de Octubre de 1943. (Arad, Gutman y Margalio, 1996: 378-379)

Introducción

El abordaje historiográfico del Holocausto ha adoptado, en líneas generales, una de cuatro posibles miradas como marco de análisis. Tal como señala Christopher Browning, los autores, las víctimas, los espectadores y, posteriormente, la historiografía sobre el tema, fueron los prismas a través de los cuales se escribió la historia del Holocausto (Browning, 2007: 51-52). Sin desmerecer los aportes realizados desde las demás perspectivas, privilegiamos la historia de los perpetradores como enfoque indispensable para la comprensión de este proceso histórico pues consideramos, siguiendo la magistral senda abierta por la investigación pionera de Raul Hilberg, que el acto de destrucción fue alemán (Hilberg, 2005: 17) y sus causas sólo pueden iluminarse atendiendo a las motivaciones y al accionar de los autores interpretadas en el marco de su pertenencia al universo de lo humano y, por ende, de lo cognoscible en términos históricos. La trayectoria de la investigación histórica acerca de los perpetradores ha seguido un derrotero que inicialmente priorizó a los jefes nazis bajo la influencia de los juicios de Núremberg con una mirada enraizada en la “monstruosidad” de los asesinos, para luego centrarse en los funcionarios intermedios, los “asesinos de escritorio” encarnados en la figura de Adolf Eichmann, hasta alcanzar el accionar de los “hombres corrientes” (Browning, 2007: 52) a partir del trabajo de Christopher Browning sobre el Batallón Policial de Reserva 101 (Browning, 2011). La tarea del historiador en este contexto se enfrenta a una multiplicidad de desafíos entre los cuales se halla lidiar con la combinación de tres problemas estrechamente interrelacionados. El primero de ellos atiende a lo que Hilberg ha denominado “ocultación” para referirse a las acciones desarrolladas por los perpetradores en aras de mantener el secreto de la aplicación de la solución final (Hilberg, 2005: 1061). El segundo apunta a las modalidades de supresión de la evidencia de las matanzas (Hilberg, 2005: 1076-1079), que también pueden englobarse de manera integral en el dispositivo de ocultación. Finalmente se encuentran los mecanismos de represión y racionalización elaborados por los autores a fin de camuflar su participación ante el exterior y de superar sus propias inhibiciones morales (Hilberg, 2005: 1120). Estas herramientas psicológicas continuaron operando, en buena medida, en el contexto de posguerra con el agravante de la complicada situación judicial de algunos de los perpetradores. En este sentido, centraremos nuestro interés en el caso de la *Aktion* 1005 definida como la serie de operaciones encabezadas por el comandante del *Einsatzkommando* 4^a Paul Blobel

orientadas a destruir los rastros, en las fosas comunes, de los asesinatos masivos en Europa Central y Oriental (Spector, 1990: 157). Nuestro trabajo posee un carácter preliminar que, lejos de agotar la temática, intenta operar de manera exploratoria, iluminando la Operación 1005 desde una perspectiva histórica que señale los desafíos que presenta al historiador el estudio de este proceso y sus implicancias en la construcción de una historia de los perpetradores.

Aktion 1005

En el contexto de la inmensa atención que continúa recibiendo desde la historiografía el estudio del Holocausto, la Operación 1005 ha sido objeto de pocos trabajos específicos (Hoffmann, 2007: 1) pese a hallarse tratada con profundidad y extensión variables en las obras generales más importantes de este campo de estudio (Hilberg, 2005; Arad, 1999; Arad, 2009; Longerich, 2010; Friedländer, 2007). Según Dan Stone (Stone, 2010: 150), la síntesis más acabada sobre el tema es la escrita por el historiador alemán Jens Hoffmann (Hoffmann, 2008)². Sólo recientemente, en el año 2009, la Operación 1005 fue, por primera vez, objeto de una Conferencia internacional³ organizada en París bajo los auspicios del United States Holocaust Memorial Museum en conjunto con la Yahad – In Unum Association, presidida por el sacerdote Patrick Desbois⁴, la Universidad París IV-La Sorbona y el Collège des Bernardins de París. Aunque en este escrito únicamente analizaremos la *Aktion 1005* desde una perspectiva histórica, esta mirada no constituyó la única modalidad de acercamiento al proceso. La temática también fue abordada desde el ámbito cinematográfico por Claude Lanzmann, en su monumental documental *Shoah* y, en el marco de la literatura, aunque se encuentra presente en otras obras, se popularizó gracias a la novela policial *El Hombre de Viena* del escritor Daniel Silva, cuya trama se enraiza en un pasado signado por la tentativa nazi de destruir los rastros de sus crímenes. (Silva, 2006).

² Esta obra, aún no traducida al inglés, se hallaba agotada en su idioma original al momento de confeccionarse este escrito y lamentablemente no pudo ser consultada.

³ El programa del Congreso se encuentra disponible online en la página del USHMM en <http://www.ushmm.org/research/center/presentations/discussions/details/2009-06-16/announcement.pdf>. (Consultada el 10 de Abril de 2013).

⁴ La Asociación Yahad- In Unum, creada en enero de 2004 para profundizar la cooperación entre católicos y judíos investiga las ejecuciones llevadas a cabo por las unidades móviles de exterminio nazi, los *Einsatzgruppen*, en Europa del Este entre 1941 y 1944, recopilando los invaluable testimonios de los testigos que aún se encuentran con vida e identificando las fosas comunes. Pueden consultarse las actividades de la Asociación en <http://www.yahadinunum.org>. (Consultada el 10 de abril de 2013).

Sumariamente, la *Aktion 1005* constituyó en sí misma una ambiciosa operación de ocultamiento cuyo objetivo, finalmente incumplido según las palabras de su comandante Paul Blobel (Arad, Gutman y Margalio, 1996: 524), era la supresión de toda evidencia de los asesinatos perpetrados por los nazis tanto en los campos de la Operación Reinhard y en Auschwitz (mientras no contó con instalaciones crematorias permanentes) como en lo que Patrick Desbois ha denominado “Holocausto por las Balas” (Desbois, 2008) llevado a cabo por los *Einsatzgruppen* durante la invasión a la Unión Soviética en junio de 1941.

La decisión de destruir los restos ubicados en las fosas colectivas comenzó a perfilarse a partir de los primeros meses de 1942. Los motivos de la puesta en marcha de la Operación 1005 remiten a tres clases de consideraciones. La primera de ellas era de índole sanitaria, y se relacionaba con las quejas por la aparición de cadáveres en lugares públicos (debido a condiciones climáticas de dejaban expuesto el contenido de las fosas), con el temor a la contaminación del agua potable y el nauseabundo olor que emanaba de los sitios en los que se había enterrado a las víctimas. De hecho, el nombre cifrado de la operación se origina en la correspondencia del jefe de la Gestapo, Heinrich Müller que solicitaba el tratamiento de la cuestión, luego de haber recibido una queja anónima de un ciudadano alemán del distrito del Warthegau (Spector, 1990: 158). La segunda motivación, de fundamental importancia, se originaba en la creciente circulación de noticias en el bando aliado sobre los asesinatos masivos perpetrados por los alemanes en los territorios ocupados de Polonia y la Unión Soviética (Spector, 1990: 158). La preocupación alemana por la toma de estado de estado público de tales informaciones adquirió proporciones desesperadas a partir del fracaso alemán en Stalingrado que posibilitó el avance soviético hacia el oeste. El cambio del curso de la guerra con perspectivas desfavorables para Alemania volvía prioritaria la destrucción de la evidencia del accionar de los *Einsatzgruppen* para evitar las acusaciones soviéticas y una mayor difusión en la prensa internacional que ya se hallaba espoleada por las denuncias de la URSS a partir de las primeras fosas que ya habían sido descubiertas (Spector, 1990: 158). La gravedad de la situación también se enraizaba en el hecho de que las tareas de los *Einsatzgruppen* habían incluido, además de las operaciones ya mencionadas, la selección y ejecución de prisioneros de guerra soviéticos de acuerdo a las instrucciones de Heydrich del 17 de Julio de 1941 que apuntaba a la eliminación de “todos los “revolucionarios profesionales”, los oficiales del Ejército Rojo, los comunistas “fanáticos” y “todos los judíos” (Hilberg, 2005: 367). Por otra parte

promediando el año 1942 se iniciaron las operaciones sistemáticas de exterminio en Auschwitz.- Birkenau, Belzec, Sobibor y Treblinka aumentando notablemente la cantidad de fosas colectivas existentes (Spector, 1990: 158). Finalmente, la tercera razón, de la que nos ocuparemos más adelante, implica las distintas concepciones que los perpetradores articulaban acerca de la comprensión que las generaciones futuras tendrían sobre la “histórica tarea” que se habían visto obligados a asumir para resolver definitivamente el “problema judío”. Atendiendo a las consideraciones antes expuestas, y sensibilizado fundamentalmente por la cuestión de la imagen alemana en el extranjero, Himmler encomendó a Müller la tarea de ocuparse de que los cadáveres de las víctimas judías fuesen debidamente enterrados o cremados y este último, junto a Adolf Eichmann, convocó para dirigir la operación al *Standartenführer* Paul Blobel. Su foja de servicios como comandante del *Sonderkommando* 4a responsable de la masacre, entre otras, de los judíos de Kiev en Babi Yar en septiembre de 1941 atestiguaba sus aptitudes para la nueva misión que se le asignaba (Spector, 1990: 159). En su testimonio judicial de posguerra Blobel reconoció la existencia de la Operación y señaló sus objetivos: “En junio de 1942, el *Gruppenführer* Müller me confió la tarea de borrar los vestigios de las ejecuciones realizadas por los *Einsatzgruppen* en el Este” (Arad, Gutman y Margaliot, 1996: 523).

La tarea encomendada a Blobel, cuya trascendental importancia debe deducirse de su subordinación directa a la autoridad de Müller y de las órdenes expedidas a todas las autoridades de los territorios ocupados en el Este de colaborar en todo lo necesario para el cumplimiento del objetivo, debía encuadrarse en el más estricto secreto. Por esta razón se le impidió establecer un domicilio fijo y toda la correspondencia a su nombre debía dirigirse a la oficina de Eichmann en Berlín o a la Policía de Lodz.

La primera etapa de la operación, tal como señala Spector (Spector, 1990: 159), se inició con un período de experimentación en el campo de exterminio de Chelmo. Los resultados fueron aplicados en la quema de los cuerpos de las víctimas de Auschwitz-Birkenau que inicialmente no disponía de instalaciones crematorias permanentes y había sufrido, en el verano de 1942 inconvenientes originados en la emergencia de restos en descomposición que contaminaron las aguas y obligaron a la apertura de las fosas. (Hilberg, 2005: 975). Circunstancias de la misma índole provocaron la extensión del asesoramiento de Blobel a los campos de exterminio incluídos en la Operación Reinhard. Belzec, Sobibor y Treblinka nunca contaron con crematorios: las víctimas fueron enterradas en fosas comunes hasta que se dispuso, en el

otoño de 1942, su reapertura y la quema de los cadáveres (Spector, 1990: 161). En todos los campos de exterminio la modalidad de eliminación de los cuerpos seguía patrones similares a partir de la colocación de soportes de concreto sobre los cuales se disponían partes de vías férreas. Sobre ellas se apilaban los cadáveres y, por debajo de las vías, se encendía una fogata a partir de leña azuzada con líquidos combustibles (Spector, 1990: 161). Arquitecto de profesión, Blobel había puesto especial cuidado en el diseño de estas estructuras a las que añadió máquinas de molienda para deshacerse de los restos óseos que no se hubiesen consumido en las piras.

La segunda etapa abordó el problema de las fosas comunes originadas por los fusilamientos de los *Einsatzgruppen*. Estos constituyeron unidades móviles de las SS y la Policía dependientes de la Dirección General de Seguridad del Reich (RSHA), que se desplegaron en el marco de la operación “Barbarossa” de invasión a la URSS el 22 de Junio de 1941 en lo que Hilberg ha identificado como la primera operación de la fase de aniquilación de los judíos europeos caracterizada por el desplazamiento de los verdugos hacia sus víctimas. (Hilberg, 2005: 293). Acompañaban en las áreas de vanguardia el avance del ejército alemán, al cual estaban administrativamente subordinados aunque funcionalmente dependían de la RSHA (Hilberg, 2005: 294). Las víctimas eran concentradas, llevadas a las afueras de las poblaciones en zonas en las que ya existían zanjas o se cavaban especialmente para este propósito y ametralladas dentro de las fosas o al borde de la mismas, luego de haber entregado sus objetos de valor, (Hilberg, 2005: 347). Una vez que se había colmado la capacidad de la fosa, su superficie se cubría con una delgada capa de tierra (Spector, 1990: 157).

En la primavera de 1943, las fosas comunes ubicadas en las afueras del campo de Janowska en Lvov, se convirtieron en el primer escenario de acción del *Sonderkommando*⁵ 1005 y operaron como “escuela” para otros *Sonderkommandos* que operarían en el Gobierno General (Spector, 1990: 162; Weliczker Wells, 1999: 227). Se dispuso la creación de un comando especial que se movilizaba hacia el lugar donde las víctimas se hallaban enterradas para proceder a la apertura de las fosas y al traslado de los cadáveres a una estructura, similar a la ya descrita para el caso de los campos de exterminio, en la que se apilaban y se incineraban en fogatas que podían arder hasta dos o tres días dependiendo de la cantidad de “figuras”⁶ incluidas en la pira. La cifra de

⁵ La traducción del término *Sonderkommando* es “Comando especial”.

⁶ Weliczker-Wells señala que, en el marco del *Sonderkommando* se denominaba de esta manera a los cadáveres (Weliczker-Wells, 1999: 165).

cuerpos incinerados eran cuidadosamente contabilizada y reportada al finalizar el día al *Untersturmführer* en el más estricto secreto: Weliczker Wells señala que cada día el comandante preguntaba al prisionero encargado de contabilizar la cantidad de cuerpos quemados (“tabulador”) cual había sido la cifra reportada el día anterior. La respuesta obligada para evitar, aunque fuese momentáneamente la muerte era “no lo sé” (Weliczker-Wells, 1999: 165). Las cenizas resultantes eran inspeccionadas en la búsqueda de cualquier resto de oro que las víctimas hubiesen logrado ocultar hasta el último momento de las previas requisas nazis. Finalmente se dispersaban, a veces dentro de la misma fosa y en otras ocasiones en campos vecinos y los restos que no hubiesen sido reducidos por el fuego hasta su mínima expresión, eran molidos para ser también dispersados. Una vez que las fosas ya habían sido nuevamente recubiertas con tierra eran replantadas para borrar cualquier vestigio de su anterior función (Weliczker-Wells, 1999: 150-232). El personal alemán que componía el comando incluía miembros de las SD y miembros de la policía del orden alemana con funciones de vigilancia (Hoffmann, 2007: 3) orientada a controlar a los prisioneros judíos⁷ que eran quienes, efectivamente, maniobraban en contacto directo con los cadáveres siguiendo una estricta división de funciones que, en el caso del *Sonderkommando* de Janowska, redundó en una eficacia creciente que tuvo como resultado la prolongación de la vida de los prisioneros judíos que lo integraban. Aunque para estos prisioneros del *Sonderkommando* original las condiciones de vida eran, en lo que se refiere a vestimenta y alimentación, mejores que las de los que se hallaban en los campos esta condición no era de ninguna manera la norma⁸ y tenía como contrapartida el hecho de que su inclusión en este comando les garantizaba una muerte segura. En pos del mantenimiento del estricto secreto que rodeaba a la operación luego de un lapso corto de trabajo, en la mayoría de los casos los prisioneros de los *Sondekommandos* eran ejecutados y reemplazados por otros sufriendo sus restos la misma suerte de destrucción en la que habían sido obligados a desempeñarse en sus últimos días. Resulta significativo en el relato de Weliczker Wells que los prisioneros del comando especial de Janowska fueran obligados a mentir a los contados “extraños” con los que entraban

⁷ Los prisioneros eran reclutados en las cárceles locales, los campos de concentración o de trabajo forzado, los guetos y, excepcionalmente, los campos de prisioneros de guerra (Hoffmann, 2007: 3).

⁸ Si la situación descrita por Leon Weliczker Wells en *The Janowska Road* efectivamente muestra, paradójicamente, una vida más “humana” para los prisioneros del Sonderkommando en lo que se refiere a necesidades fisiológicas básicas (Weliczker Wells, 1999: 163), el testimonio judicial de Szloma Gol sobre la apertura de fosas en Vilna revela una realidad diaria diferente en la que los prisioneros vivían en una “fosa” y trabajaban encadenados (*Office of United States Chief of Counsel For Prosecution of Axis Criminality*, 1947: 1165-1167)

en contacto explicando que se hallaban en ese lugar “hacía menos de doce días” (Weliczker-Wells, 1999: 227). El secreto de la operación no sólo se fundamentaba en la eliminación física de los prisioneros que integraban el *sonderkommando*. Los miembros alemanes eran obligados a mantenerse en silencio por medio de un juramento y, como reaseguro, al reintegrarlos a las misiones regulares se los asignaba a una compañía diferente de la que habían tenido hasta el momento de ser incluidos en la operación 1005 (Spector, 1990: 171).

El primer *sonderkommando* 1005, tuvo sus réplicas en otras zonas de la URSS a partir de las ordenes verbales emitidas por Blobel o sus subordinados a las autoridades locales de la SiPO, SD o SS para que organizaran unidades 1005 encargadas de eliminar las fosas colectivas de sus propios territorios (Hoffmann, 2007: 3). Algunas unidades se hallaban activas sólo algunas semanas mientras que otras, trabajaban por lapsos más extensos movilizándose más allá de las fronteras nacionales como el *sonderkommando* 1005 A, el *sonderkommando* 1005 B ó el *Sonderkommando* 1005 Mitte (Hoffmann, 2007: 4). Paul Blobel declaró en su testimonio de posguerra que la *Aktion* había quedado inconclusa. El avance de la URSS truncó la continuación de las operaciones y, por otra parte, en varios casos no se conocía exactamente la ubicación de las fosas colectivas para proceder a la reapertura y destrucción de su contenido (Spector, 1990: 171). Aunque no se conoce la cifra exacta de fosas destruidas el despliegue de la Operación 1005 se extendió de manera geográficamente amplia por Serbia, Ucrania, Bielorrusia, Estonia, Lituania, Letonia y Polonia (Hoffmann, 2007: 4) distorsionando los cálculos del número de víctimas en la posguerra (Spector, 1990: 171).

Las fuentes y el problema de la ocultación

Lo que Raul Hilberg ha denominado ocultación⁹ remite al secreto con el que intentaron llevarse a cabo las operaciones en los campos de exterminio. En su análisis, evitar que se filtrase al exterior información de lo que ocurría dentro del campo constituía una de la tres preocupaciones principales de las autoridades, junto con el incremento en la eficacia en cumplimiento de los objetivos y, finalmente, la eliminación de cualquier tipo de rastro del exterminio. (Hilberg, 2005: 1061). Desde nuestro punto de vista, si consideramos la eliminación de los restos de las víctimas como parte del

⁹ Utilizaremos como sinónimos los términos “ocultación” y “ocultamiento”.

proceso de exterminio, la ocultación puede englobar también los procedimientos orientados a borrar rastros entre los cuales consideramos paradigmático¹⁰ el caso de la Operación 1005 tanto en su primera como en su segunda etapa de despliegue.

Sin embargo no resulta posible aislar la *Aktion* 1005 de las modalidades operativas nazis en relación al diseño y aplicación de la solución final. Sin la intención de extendernos en este tema, que no constituye el objeto del presente trabajo, resulta importante recordar que los procedimientos de los perpetradores respecto de las víctimas en los campos de exterminio implicaban acciones de camuflaje hasta el momento último de su ingreso en las cámaras de gas¹¹. Hilberg señala una organización común en Belzec, Sobibor y Treblinka en la que las cámaras de gas se hallaban camufladas bajo la forma de duchas como correlato lógico de la versión, sostenida por los nazis frente a los judíos, de la necesidad de una limpieza en un campo de tránsito antes de seguir la ruta hacia el Este. (Hilberg, 2005: 968). Quizás no se podría hablar de la misma cuota de engaño de las víctimas en el caso del “Holocausto por las Balas”. Para la cuestión de los fusilamientos en masa, el tema clave era la sorpresa y la rapidez en la ejecución de las redadas para disminuir las probabilidades de escape y resistencia de las víctimas. De hecho, la concesión más importante obtenida por la RSHA en su acuerdo con el Comandante en Jefe del Ejército (OKH) para definir el espacio de operaciones de los *Einsatzgruppen* fue la que eliminó la restricción que los obligaba a permanecer en la retaguardia habilitándolos a desplegarse en la línea del frente con el propósito de eliminar cualquier posibilidad de huída de las víctimas. (Hilberg, 2005: 306). No obstante, una vez que ya habían llegado a una villa o poblado es claro que para la inmensa mayoría de quienes no habían estado en la primera ronda de fusilados, el ruido de los disparos y los gritos, aunque la operación se desarrollase en las afueras de los poblados, no dejaba demasiadas dudas en torno al destino que les aguardaba. De hecho, el dispositivo de ocultamiento desplegado por los *Einsatzgruppen* en relación a sus víctimas, a la población local y al ejército resultó severamente deficiente originando no sólo rumores, sino verdaderas filtraciones de información sensible que alcanzaban en ocasiones el extranjero (Hilberg, 2005: 352). La conversión de las ejecuciones en un

¹⁰ Aunque no es el único. Las operaciones regulares de cremación en campos que disponían de instalaciones permanentes para tal fin, como Auschwitz, no forman parte de la Operación 1005, aunque comparten claramente la intención de borrar las huellas del exterminio corporizadas en los cadáveres de las víctimas.

¹¹ De todos modos, aquellos prisioneros que no eran inmediatamente exterminados al llegar no tardaban demasiado en comprender con bastante certeza cuál era su destino último con variables niveles de conocimiento en relación al modo concreto en el que ese destino se realizaría.

entretenimiento para los soldados alemanes fue combatida drásticamente, por las autoridades militares (Hilberg, 2005: 354).

Ambas modalidades de exterminio, a pesar de sus diferencias, compartían un componente común vinculado a los beneficios que reportaban las estrategias de ocultamiento para los perpetradores. En este sentido, el desarrollo de las cámaras de gas, aunque surgió primeramente bajo el imperativo de aumentar la eficacia y rapidez del sistema de exterminio nazi, respondió también a las consideraciones humanitarias del propio Heinrich Himmler que había sufrido en carne propia las consecuencias de presenciar una ejecución masiva en Minsk (Hilberg, 2005: 363). El resultado de tal experiencia fue el convencimiento de que era necesario, para proteger a sus propios hombres, brindarles una contención adecuada para justificar y aminorar el peso de la desagradable tarea que debían desempeñar y, en la medida de lo posible, desarrollar una modalidad de exterminio que separara a los perpetradores de sus víctimas. Ambas medidas operaban en términos de ocultamiento sólo que aplicado a los perpetradores, en aras de reducir sus propias inhibiciones morales. Si el desarrollo de los furgones de gas y, posteriormente de instalaciones permanentes de gaseamiento pueden leerse claramente desde esta perspectiva de invisibilización de la víctima, las decisiones tendientes a contener a los “jaladores de gatillo” no resultan menos transparentes en relación a su vocación de ocultación. La reafirmación de la humanidad de los perpetradores tenía como contracara indispensable la deshumanización de las víctimas (Hilberg, 2005: 1118). Existían directivas claras que ordenaban a los superiores recordar permanentemente la justicia de las medidas de represalia contra los judíos, que terminaban, de este modo siendo los responsables últimos de su destino (Hilberg, 2005: 349). Alcohol, tabaco, dispersión y licencias más frecuentes también tenían un papel importante en el dispositivo de ocultación que los perpetradores, para protegerse, se aplicaban a sí mismos (Hilberg, 2005: 362-363; Browning, 2011: p. 136-137). La cuestión del lenguaje también se resolvía en estos términos: Hilberg puntualiza la tendencia de los perpetradores a reprimir el significado criminal de sus acciones utilizando palabras que sustituían y diluían las expresiones directas como “matar” o “asesinar”. Asimismo señala la tendencia permanente en los informes de racionalizar las operaciones incluyendo su justificación en base al peligro judío que, aunque no era necesaria para sus superiores, sí poseía un valor exculpatorio para ellos mismos. (Hilberg, 2005: 358-359).

Consideramos que la *Aktion 1005* constituye una buena síntesis del desafío planteado al historiador a partir del problema del ocultamiento en la búsqueda de realizar un aporte significativo a la construcción de una historia de los perpetradores. El personal alemán destinado a formar parte de este comando constituía un número reducido y se hallaba muy restringida la participación de colaboradores no alemanes. Como ya se ha señalado todos se hallaban juramentados para mantener el más estricto secreto sobre la operación en la que participaban. Por otra parte la población local de las zonas en las que se hallaban ubicadas las zonas colectivas era trasladada (Desbois, 2008, 154), o se les obligaba a permanecer en sus casas¹². En ciertas ocasiones, al solicitarles algún servicio o elemento en particular no recibían detalles sobre el destino de estos o bien se les daba información engañosa (Desbois, 2008, 154). Los sectores en los que se construían las piras se hallaban cercados y vigilados para evitar el ingreso de personas ajenas a la operación. Respecto de aquellos que iban a ser quemados prácticamente no existen testimonios. Se conocen escasísimos casos, en los que ante un fusilamiento inmediatamente anterior a la quema alguna víctima lograba escapar ligeramente herida¹³. Leon Weliczker Wells, menciona que en el *sonderkommando* de Janowska, cuando al momento de levantar la pira incluyendo personas recién asesinadas detectaban alguien que aún vivía evadían su colocación en la torre para ayudarlo a escapar, aunque muchos de ellos eran luego recapturados (Weliczker Wells, 1999: 228-229). En relación a los propios *sonderkommandos*, desde su asignación a una unidad de este tipo se hallaban “condenados a muerte”. Los testimonios que existen parten de aquellos que lograron escapar, generalmente en el marco de un alzamiento, a partir de un plan colectivo deliberadamente organizado en base a la certeza de que serían asesinados ellos mismos en breve pese a las promesas nazis de permitirles vivir. Hoffmann destaca que esta clase de testimonio no es tan infrecuente como parece: algunos prisioneros efectivamente lograron huir y sobrevivir escondidos o unirse a los grupos de partisanos que combatían a los alemanes (Hoffmann, 2007: 3). El panorama presenta una cantidad bastante limitada de fuentes disponibles para el historiador, sin considerar, además, otras dificultades que afectan a todos los estudiosos del Holocausto vinculadas a la amplitud espacial del proceso histórico, que implica una considerable

¹² Aunque probablemente la población que residía en las cercanías a las fosas comunes haya sido la más informada acerca de las incineraciones que se realizaban en el marco de la Operación 1005, pese al intento nazi de mantener el aislamiento (Desbois, 2008, 157). La mejor prueba de ello es, justamente el trabajo de la Asociación Yahad- In Unum cuya detección de fosas comunes sería imposible si no contase con la colaboración de los pobladores locales testigos de las matanzas.

¹³ Spector menciona el caso de un prisionero llamado S. Pilinow (Spector, 1990: 165).

dispersión de la evidencia, y su carácter lingüísticamente cosmopolita. La *Aktion 1005*, además operó directamente obliterando la evidencia arqueológica de los fusilamientos.

La cuestión del ocultamiento se extiende a la posguerra de diversas maneras. Una de ellas remite a los distintos procesos judiciales que mostraron en muchos casos la continuidad del encubrimiento por parte de los acusados con el fin de evitar una condena (Hilberg, 2001: 178). Frente a este escenario la historiografía se enfrenta al desafío de reconstruir un proceso histórico en el que una gran parte de la documentación ha sido deliberadamente destruída por los perpetradores y el testimonio judicial dado por estos debe tratarse con inmensas precauciones por su tendencia a distorsionar la realidad en función de reducir su nivel de compromiso con los delitos cometidos (Browning, 2007: 56; Browning, 2003: 4-5). Tanto la diferencia de propósitos y métodos entre la justicia y la historia (Browning, 2007: 57) como el nivel de conocimiento de los crímenes al momento de los juicios operan también como condicionantes para la obtención de informaciones de los perpetradores. En relación a la *Aktion 1005*, aunque Blobel fue juzgado y condenado a muerte en Nüremberg, su proceso se centró esencialmente en su rol como comandante del *Einsatzkommando 4a* por lo cual la información judicial emergente sobre la operación 1005 fue escasa, aunque suficiente para comprobar su existencia (Spector, 1990: 171). En los juicios soviéticos se produjo una situación similar y en los pocos casos, sobre todo en tribunales de la Alemania occidental, en los que se tomó la *Aktion 1005* como un hecho criminal específico la carencia de documentación impidió la obtención de mayor información a partir de los interrogatorios a los perpetradores (Spector, 1990: 171). Pese a la reversión de la situación con el advenimiento de la *Perestroika* y la posterior desintegración de la URSS, este trabajo quedaría incompleto si no mencionáramos como un obstáculo importante para la investigación historiográfica sobre el problema de la *Aktion 1005* la imposibilidad de acceder durante largo tiempo a la documentación sobre el tema que había quedado en poder soviético luego de la derrota alemana (Desbois, 2008: viii-x).

Asimismo, los sobrevivientes tanto desde sus testimonios y memorias como en sus participaciones judiciales, pese a su inmenso valor, no constituyen “la medida de las víctimas” (Hilberg, 2001: 48) y el paso del tiempo aumenta, para ellos y también para los perpetradores y testigos el riesgo de caer, en las trampas de la memoria descriptas con maestría por Primo Levi (Levi, 2011: 21-32) exigiendo del historiador un ejercicio exquisito de su oficio no exento de complejas decisiones (Browning, 2007: 57-58).

A modo de conclusión: implicancias de la Operación 1005 en la construcción de una historia de los perpetradores.

Quizás lo más interesante del abordaje historiográfico del dispositivo de ocultamiento nazi materializado en la *Aktion 1005* opere al nivel de aquello que enumerábamos como la tercera motivación para su puesta en marcha: las concepciones que los perpetradores tenían de la posible reacción de las generaciones futuras ante la radical solución aplicada por el nazismo para desmontar definitivamente el problema judío. Aunque resulte innegable que la motivación sanitaria, la difusión internacional de noticias y el avance de las tropas soviéticas constituyeron motivos suficientes para la implementación de la operación, la disparidad de opiniones entre los perpetradores sobre la pertinencia del operativo de ocultamiento en relación al futuro que vislumbraban ofrece al historiador una vía interesante de análisis que apunta a trascender al encubrimiento nazi como bloqueo a la investigación historiográfica e incorporarlo como parte esencial en la construcción de una historia de los perpetradores. En este sentido resulta interesante recuperar el aporte de Dirk Rupnow (Rupnow, 2011) hacia una nueva comprensión del alcance del exterminio nazi. Frente a los teóricos que sostienen la idea de un “memoricidio”¹⁴ como parte esencial del plan de los perpetradores para borrar definitivamente al enemigo judío no sólo física sino históricamente, Rupnow pone de manifiesto, por el contrario, la existencia de una política nazi de la memoria orientada a configurar la imagen que las generaciones futuras tendrían de sus crímenes y sus víctimas (Rupnow, 2011: 3). Pese a que esta política no se hallaba uniformemente definida (Rupnow, 2011: 5) el autor la caracteriza como un elemento fundamental por cuanto refleja el carácter ambigüo de los perpetradores, cuyas percepciones combinan la conciencia de la índole criminal de sus acciones con la concepción de “inevitabilidad” y “necesidad” de la dura tarea que debieron asumir y el orgullo de haberla llevado adelante su deber con “decencia”.¹⁵ Tal como Rupnow señala, el mismísimo Himmler era un claro ejemplo de tales ambigüedades: si en el discurso de Posen destacaba la gloriosa página de la historia

¹⁴ Jens Hoffmann, Shmuel Spector, Saúl Friedländer y Yitzhak Arad podrían enmarcarse en esta posición.

¹⁵ Muy ilustrativo al respecto resulta el discurso que Himmler pronunció en Minsk el 15 de Agosto de 1941, luego de haber presenciado una ejecución, orientado a confortar a los presentes justificando el accionar de los Einsatzgruppen en base al cumplimiento de órdenes para ejecutar una tarea repulsiva, pero necesaria. (Hilberg: 2005, 364).

escrita por los nazis abonando la teoría del “memoricidio”, dos días después en un discurso brindado en el mismo lugar sus ambivalencias se acentúan en un comentario que casi constituye una pregunta retórica acerca de la conveniencia de explicar a las generaciones venideras lo ocurrido (Rupnow, 2011: 3). El problema del ocultamiento materializado en la Aktion 1005 se cristalizó en las opiniones contrapuestas sobre el destino que habría de darse a los cadáveres de las víctimas, cuestión en la que la percepción del futuro de los perpetradores no resultaba un tema menor pues nos remite también a la necesidad de los perpetradores de superar sus propias inhibiciones morales apelando a ciertos mecanismos represivos entre los cuales se hallaba el camuflaje ante la mirada de quienes “no sabían” y el compromiso de la obligada participación de aquellos que conocían lo que ocurría. (Hilberg, 2005: 1120-1121). En algunos casos, como el Odilo Globocknik esta necesidad sólo apareció cuando las posibilidades de una victoria alemana se habían esfumado por completo. Si, de acuerdo al testimonio del *Obersturmführer* Kurt Gerstein, Globocknik se hallaba convencido en Agosto de 1942, de la necesidad de no ocultar a las posteriores generaciones la “valiosa herencia del nacionalsocialismo” de una patria *judenfrei* evitando la quema de cadáveres y colocando placas sobre las fosas comunes que conmemoraran la ejecución de las víctimas (Arad, 1999: 101), el fracasado final de la guerra espoleó un viraje acentuado en su persona, desesperadamente preocupada por destruir cualquier rastro que lo vinculase con el nazismo (Arad, 1999: 376) Distinta era la perspectiva planteada por el Dr. Herbert Linder quien se inclinaba por la opción de destruir los cadáveres en vistas de que las futuras generaciones podrían juzgar las cosas de manera distinta (Arad, 1999: 101). H. Müller, responsable directo de la tarea emprendida por Blobel, consideraba que era indispensable ocultar los cuerpos equiparados a inevitables astillas producidas al cortar la leña (Spector, 1990: 158). Las ambivalencias puestas de manifiesto en la diversidad de posiciones sobre el tema iluminan la importancia del ocultamiento y nos permiten continuar desmontando la mirada *Nüremberg* sobre los perpetradores al reforzar su pertenencia al mundo de lo humano cristalizada en sus incertidumbres acerca de la opinión que sus acciones despertarían en los alemanes del mañana. De alguna manera, *Aktion* 1005 forma parte de un complejo sistema que, combinando diversos grados de ocultamiento y autoengaño apuntaba a proteger a los mismos perpetradores de la visibilidad de sus actos criminales frente al mundo y frente a sí mismos. Hilberg lo sintetiza magistralmente al dar cuenta de las razones por las cuales Himmler se refiere a la tarea desplegada por el nazismo como una “página gloriosa” de

la historia que nunca iba a ser escrita: “Hay algunas cosas que sólo se pueden hacer siempre que no se analicen, porque una vez analizadas, ya no se hacen” (Hilberg, 2005: 1125).

La estrategia de ocultamiento desplegada en la *Aktion 1005*, si tomamos el aporte de Rupnow, forma parte de la conclusión de la tarea organizada por los nazis que implicaba no sólo la destrucción completa de los judíos europeos sino la configuración de la memoria que las generaciones futuras guardarían sobre ellos. Si, desde esta perspectiva el ocultamiento no parece encaminado sencillamente a “borrar” de la historia a los judíos, la situación que en la actualidad plantean aquellos que se adscriben a la “corriente” del “revisionismo histórico” se presenta paradójicamente como el intento de “borrar” aquello que los nazis tenían intención de preservar, aunque fuese mediado por sus propias configuraciones mentales acerca de sus crímenes y víctimas. Desde esta óptica, aunque parte de las argumentaciones esgrimidas por el revisionismo de derecha sólo pudieron construirse a partir del accionar de ocultamiento del nazismo, esta corriente teórica de dudosa rigurosidad histórica efectivamente intenta “borrar” de la historia a las víctimas. De ningún otro modo pueden interpretarse, en lo que respecta al caso que nos ocupa, los intentos de minimizar la cantidad de víctimas de los *Einsatzgruppen* a partir de la “inexistencia” de los cadáveres que presumiblemente fueron destruídos en el curso de la *Aktion 1005*. Frente a semejantes argumentaciones, con el impacto que provocan en el público no académico, se vuelve imperativo el rol del historiador, cuya exigencia en el ejercicio de su oficio debe alcanzar niveles de excelencia y compromiso cada vez mayores. En este sentido, la construcción de una historia de los perpetradores que incorpore sus ambivalencias y contradicciones resulta inescindible de la comprensión del dispositivo de ocultamiento nazi cuyas implicancias políticas en la actualidad sólo pueden desmontarse con el trabajo riguroso del historiador comprometido con la verdad.

Bibliografía

*Arad, Yitzhak, Israel Gutman, Abraham Margalio, (1996), *El Holocausto en documentos. Selección de documentos sobre la destrucción de los judíos de Alemania y Austria, Polonia y la Unión Soviética*, Jerusalén: Yad Vashem.

*Arad, Yitzhak, (1999), *Belzec, Sobibor, Treblinka. The Operation Reinhard Death Camps*, Bloomington: Indiana University Press.

*Arad, Yitzhak, (2009), *The Holocaust in the Soviet Union*, USA: University of Nebraska Press y Yad Vashem.

*Browning, Christopher (2003), *Collected Memories. Holocaust History and Postwar Testimony*, USA: The University of Wisconsin Press.

*Browning, Christopher (2007), “Memoria alemana, interrogación judicial y reconstrucción histórica: escritura de la historia de los autores a partir del testimonio de posguerra”, en Saúl Friedländer, comp., *En torno a los límites de la representación. El nazismo y la solución final*, Bernal: Universidad Nacional de Quilmes Editorial, pp. 47-67.

*Browning, Christopher, (2011), *Aquellos hombres grises*, España: Edhasa.

*Desbois, Patrick, (2008), *The Holocaust by Bullets*, USA: Palgrave Macmillan.

*Friedländer, Saul (2007), *Nazi Germany and the Jews 1939- 1945. The Years of Extermination*, USA: Harper Collins.

*Hilberg, Raul (2001), *Sources of Holocaust Research*, Chicago: Ivan R. Dee.

*Hilberg, Raul, ([1961] 2005), *La destrucción de los judíos europeos*, Madrid: Akal.

*Hoffmann, Jens (2007), "Operation 1005 in Riga". Kuldiga Symposium; (http://www.buero-schwimmer.de/kuldiga/Hoffmann_lecture_english, consultada el 20 de marzo de 2013).

*Hoffmann, Jens (2008), "*Das kann man nicht erzählen*": "Aktion 1005" - *Wie die Nazis die Spuren ihrer Massenmorde in Osteuropa beseitigten*, Hamburgo: Konkret Literatur Verlag.

*Levi, Primo ([1989] 2011), *Los hundidos y los salvados*, Barcelona: El Aleph Editores.

*Longerich, Peter (2010), *Holocaust. The Nazi Persecution and Murder of the Jews*, Gran Bretaña: Oxford University Press.

*Office of the United States Chief of Counsel For Prosecution of Axis Criminality, (1947), *Nazi Conspiracy and Aggression*, Washington: United States Government Printing Office.

*Rupnow, Dirk (2011), "Annihilation-Collection-Preservation: The Nazi Archive of Jewish History and Culture and its Effect on Postwar Memory". Program in Jewish Culture & Society. Workshop University of Illinois at Urbana-Champaign; (<http://www.jewishculture.illinois.edu/programs/holocaust/archive/Rupnow.pdf>, consultada el 14 de marzo de 2013).

*Silva, Daniel (2006), *El hombre de Viena*, España: Planeta Internacional.

*Spector, Shmuel (1990), "Aktion 1005. Effacing the Murder of Millions", en *Holocaust and Genocide Studies*, Gran Bretaña: Oxford University Press, pp. 157-173.

*Stone, Dan (2010), *Histories of the Holocaust*, Gran Bretaña: Oxford University Press.

*Weliczker Wells, Leon ([1963] 1999), *The Janowska Road*, Washington D.C.: United States Holocaust Memorial Museum.

